

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestres en casa de los comisionados, y 12 rs. al mes y 36 por trimestres en la administración.—En el extranjero: 20 rs. trimestre.—En Ultramar: 20 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la Administración, calle de Silva, núm. 49, entresuelo, y en las librerías de la Publicidad, Olamendi, Lopez, Payll-Balliere, Ouesta y Lizcano.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

ADVERTENCIA.

A pesar de la festividad que celebra la Iglesia y de haber dado número el día de año nuevo y el de Reyes, publicamos hoy EL PENSAMIENTO ESPAÑOL principalmente para anticipar a nuestros lectores la sesión del Senado y adelantar la inserción de los importantísimos documentos diplomáticos acerca de los asuntos de Italia.

Para que dichos documentos puedan tener cabida, retiramos los artículos de fondo, y nos limitamos a dar las noticias más importantes del día.

PARTE EXTRANJERA

Si no estuviera probado hasta la evidencia, por la dolorosa experiencia que nos ofrece la historia contemporánea, que el liberalismo no es otra cosa en su esencia sino la guerra unas veces hipocrita, otras declarada y siempre cruel contra el Catolicismo, nos lo probaría lo que en estos momentos está pasando en dos países regidos por instituciones políticas muy diversas. En Rusia, donde impera el cesarismo, y en Italia, pozo hoy de la anarquía, acaban de tomarse dos medidas contra el Clero católico idénticas en su fondo, y lo que es más singular todavía, idénticas también en su forma. Estas dos medidas son el ukase de Alejandro II para regularizar la situación del Clero polaco, y el proyecto de ley presentado a las Cámaras de Florencia por el Sr. De Falco, ministro de Gracia y Justicia del Gabinete piomontés.

De este último ya hemos hablado a nuestros lectores, y les dimos para muestra un par de artículos con los cuales sobraba para presentarse el espíritu y tendencias de la presunta ley. Respecto del primero, esto es, el del Czar, basta leer el art. 24 del ukase que dice así:

Art. 24. «Estando el Clero secular católico romano del reino de Polonia asistido de aquí en adelante con rentas fijas determinadas por los reglamentos y equitativamente retribuidas, todos los bienes muebles e inmuebles, como también los capitales pertenecientes a este Clero, ó a instituciones religiosas, tales como parroquias, capítulos, iglesias, seminarios, consistorios, etc., quedan bajo la entera dependencia de la administración del Tesoro del Estado, conforme a las disposiciones del reglamento suplementario anejo al presente decreto.

Si nuestros lectores recuerdan los dos artículos del proyecto de ley del Sr. De Falco, que insertamos días pasados, y lo que con aquel propósito dijimos, se convencerán de la perfecta analogía que reina entre la conducta del autócrata ruso y del Gobierno revolucionario de Italia.

El Czar de Rusia y el Gabinete de Florencia están movidos de los mismos sentimientos de magnanimidad hacia el Clero católico. Léjos de

querer despojar a la Iglesia «haciendo ingresar en el Tesoro del Estado» las propiedades y rentas eclesiásticas, ámbos no se proponen otra cosa que *mejorar* la situación del Clero. El proyecto de ley del Gabinete piomontés y el ukase imperial se expresan en terminos casi idénticos. «Nosotros tenemos intención de regularizar la situación material del Clero apostólico romano», dice el Czar.—«Nosotros queremos reorganizar la propiedad eclesiástica», repite el ministro sardo.

Como se vé, aquí no hay más que las mejores intenciones del mundo. Verdad que se comienza por despojar al Clero; pero esto no se hace más que para librarse de cuidados, y proveer mejor a su subsistencia, mejorando así su situación. El tierno corazón del Czar y las entrañas más tiernas todavía del Gobierno piomontés, no quieren que el Clero se muera de hambre. ¡Al dejar de ser propietarios, no vienen a adquirir los eclesiásticos el alto honor de ser asimilados a los funcionarios públicos?

¡Ah! ¡cuán de manifiesto se pone aquí la perfecta identidad que existe entre el despotismo y la anarquía! Y no podía ser otra cosa. El despotismo de uno sólo, ó el despotismo de una facción siempre es despotismo, y el despotismo enemigo de todo poder que no sea el suyo, nada aborrece más que la única autoridad que tiene fuerza bastante para hacerle oír la voz de la verdad y de la justicia. De aquí su odio inextinguible a la Iglesia católica, donde encuentra una barrera insuperable que detiene y desorienta sus inicuos planes. De aquí ese extraño acuerdo entre los partidarios de formas políticas diferentes y aun opuestas, unidos por un lazo común, su odio al Catolicismo. De aquí esa uniformidad que se advierte en la conducta de los liberales de todos los tiempos y países en todo lo que se refiere a la Iglesia católica, y la identidad de medios que supone identidad de fin, con que obran Gobiernos de índole muy diversa. Y es que el liberalismo que no es más, como dijimos al principio, que un espíritu de hostilidad a la Iglesia de Jesucristo, lo mismo se aviene con la tiranía de un César que con la anarquía de la demagogia.

Digalo esa singular analogía del ukase del Czar y del proyecto de ley del Gobierno piomontés. ¿A dónde tienden lo mismo el uno que el otro? A reducir al Clero a la miserable condición de funcionarios públicos; a transformar a los Presbíteros en agentes asalariados del Estado, ideal supremo del liberalismo, para conseguir, si este insensato designio fuera posible, tener un Clero servil, desprestigado y sin influencia para oponerse a sus planes.

Escrito esto, leemos en un diario extranjero la siguiente protesta que acaban de formular los eclesiásticos polacos refugiados en Roma. No queremos privar a nuestros lectores del placer con que seguramente leerán esa valiente y digna protesta:

«Los que suscriben, Presbíteros polacos, refugiados bajo la protección de la Santa Sede, desde que se vieron obligados a huir de la persecución moscovita, protestando delante de Dios, de nuestra patria y del mundo entero, en

nuestro nombre y en el de nuestros hermanos oprimidos en Polonia, contra el nuevo atentado cometido en la Iglesia polaca por el Gobierno invasor, consideramos el ukase del Czar sobre la confiscación de los bienes eclesiásticos del Clero polaco, resuelta en 25 de Diciembre de 1883 en provecho del Estado moscovita, como enteramente ilegal, atentatoria de todos los derechos de propiedad y de justicia y como una nueva prueba de la constante tendencia del Imperio ruso a destruir el Catolicismo y abolir la Iglesia de Jesucristo, tomando medidas sobre puntos en que nada puede modificarse sin la voluntad y sanción de la Santa Sede apostólica.

Roma, 20 de Enero de 1886.

Siguen después numerosas firmas de miembros muy distinguidos de la Iglesia católica polaca, que omitimos por abreviar. Esta protesta, como cabrá de ver cualquiera, aumenta su valor por estar formulada por eclesiásticos que están hoy bajo la inmediata inspección del Padre Santo.

TELEGRAMAS.

PARIS, 31. Hoy al cerrarse la Bolsa quedaban los ferro-carriles de Alicante y Zaragoza a 000; el 3 por 100 portugués a 51 1/4; el cambio sobre Lisboa a 540; el 5 por 100 italiano a 61 7/8; el crédito territorial francés a 1315; el crédito mobiliario francés a 840; el español a 425; el ferro-carril de Sevilla a Jerez a 50, y el del Norte de España a 180.

En Amsterdam quedaba hoy el 3 por 100 español a 34 1/4, y en Amberes a 33 3/4.

El ministro de España en el Perú ha salido directamente para Madrid.

En Santo Domingo hubo algunas sublevaciones contra el presidente Bazet, pero han sido fácilmente reprimidas.

Se cree que el Banco aumente el descuento.

Cartas de Polonia hacen temer una guerra de Religión: los católicos e israelitas contra los que siguen el rito griego.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL

MADRID, 2 DE FEBRERO DE 1886.

La cuestión de Chile sigue llamando vivamente la atención de cuantos, conservando aún su corazón libre de las miserias políticas que todo lo ahogan, pueden levantar su inteligencia para pensar en asuntos en que está comprometido el honor de nuestra bandera.

La cuestión de Chile, lo repetimos hoy, ha adquirido cierta gravedad en estos últimos días. Ya es indudable el rompimiento con el Perú; de modo que lo que hasta aquí podían ser temores, más ó menos fundados, de que aquella República tomase una actitud hostil a España después de sus últimas revueltas intestinas, hoy es un hecho consumado. Estamos, pues, en guerra con las dos Repúblicas del Sur América; dos Repúblicas enemigas mortales entre sí por espacio de muchos años, pero que ahora formarán alianza para luchar con España; dos Repúblicas de las cuales una ha inaugurado sus

combates con una degradante traición, y la otra es muy probable que se haya aprovechado de un tratado poco hállado a cabo con ella para aprestarse a mancharla para la guerra.

Y cuenta, cuando decimos esto, tenemos presente un hecho de que ya hablamos ayer, en que se ocupa toda la prensa de Madrid y de provincias, y hasta del extranjero, hecho que ha puesto en alarma a nuestras provincias de la costa, y que hace que todos pensemos en la gravedad de los acontecimientos entre España y las Repúblicas del Pacífico.

No son ya vanos rumores los que anuncian la aparición de corsarios chilenos y peruanos en los mares más próximos a España; es un hecho fuera de toda duda que el Perú ha adquirido en los arsenales ingleses algunos monitores y una fragata blindada. Para adquirir una fragata blindada por los medios ordinarios son indispensables muchos meses; pero una de dos: ó Ingla erra favorece al Perú contra España y le ha proporcionado medios de adquirirla en el corto espacio de tiempo trascurrido desde la caída de Pisco, supresión que no podemos admitir, ó el Gobierno peruano desde que se hizo el tratado Pareja-Vivanco está aprestándose con el propósito deliberado de hacer la guerra a España; porque para otro objeto no podía el Perú querer un buque blindado ni su tesoro está en el caso de soportar tan crecidos desembolsos.

Véase, pues, con qué naciones y con qué Gobiernos tenemos que habérnoslas. Unas y otros están dispuestos a hacernos la guerra a todo trance y a toda costa, y no pudiendo hacerla noble y dignamente, porque ni tienen ejército ni marina ni recursos que oponer a los nuestros, aunque no sean muchos, se valen de la traición, faltan a la buena fe, y usan de toda clase de medios.

Nuestros enemigos han tenido tiempo para prepararse, han concebido un plan, el de peores consecuencias para España, y lo están llevando a cabo con gran daño de nuestro comercio marítimo, en el que ha cundido la alarma con la noticia de la aparición de los corsarios.

Hé aquí las noticias que anoche da La Epoca acerca de este asunto:

«Según leemos en la Patria, escriben de Londres que varios buques de guerra destinados al servicio de las repúblicas de Chile y del Perú han sido embargados por el Gobierno inglés. Ignoramos el grado de verdad que alcanzan estas noticias, que nos alegraríamos ver confirmadas; más en lo respectivo a la república del Perú, nos sobrecogen ciertas dudas de que el hecho sea cierto, por cuanto en el día que se supone adoptada la medida, aun no se conocía el rompimiento de relaciones entre España y el Perú, y tenemos entendido que hasta este rompimiento, hoy ya irreversible, no constituía todavía un estado perfecto de guerra.

«De todas maneras, si el Gobierno inglés se ha creído en la obligación de detener la salida de buques chilenos, habrá sido para ajustarse a las disposiciones del Foreign enlistment act, que prohíbe ayudar con hombres, buques y municiones de guerra a los beligerantes. Será una prueba decisiva de la firmeza y lealtad con que Inglaterra se propone guardar los deberes de neutralidad. Pero por de pronto, ya ha per-

mitido salir a dos buques corsarios, que recorren los mares, bajo bandera chilena, con ánimo de perseguir a nuestra marina mercante.

«Estos buques, se dirá, han salido de los puertos ingleses con pabellón peruano, pero su intención era bastante ostensible para que la conociese perfectamente el señor ministro de S. M. en Londres, y no dudamos que el señor marqués de Molins no se descuidaría en protestar cerca del conde de Clarendon contra tales armamentos. Uno de los corsarios que ya merodea en los mares, aunque con comandante chileno, lleva toda su tripulación extranjera: se dice que es la que montaba el famoso corsario confederado Shenandoah, el último que sostuvo en la mar la desastrosa causa del Sur bajo el mando del energético capitán Wadell.

«Este último buque a que se refiere La Epoca es el Huascar, mandado por un tal Salcedo, el mismo que está en Brest, en donde decía ayer un telegrama que se le haría internar.

La Correspondencia habla de un monitor peruano próximo a terminarse en los astilleros ingleses.

Se han recibido despachos anunciando que el vapor correo de Ultramar ha salido para la Habana convoyado por un buque de guerra.

El martes se celebró en Barcelona una reunión de navieros y comerciantes, a fin de acordar lo conveniente para poner a cubierto de todo peligro los intereses del comercio de cabotaje que es la vida de muchos pueblos costaneros de la Península.

Los diarios franceses publican el siguiente despacho telegráfico, con referencia a las noticias del Pacífico recibidas por el último vapor llegado a Saint-Nazaire, el cual traducido textualmente dice así:

«Valparaíso, 10 de Diciembre.—De la escuadra española no ha quedado en Valparaíso más que la Resolución. La Villa de Madrid y la Blanca se hallan persiguiendo a la Esmeralda, que ha debido ir a reunirse con las fragatas peruanas Apurimac y Amasona. Dos corbetas nuevas peruanas han dejado el Perú para ir a cruzar junto a las costas de Chile.

Chile tiene ya numerosas tropas sobre las armas, y sus nuevos aliados contra España podrán muy pronto disponer de fuerzas navales respetables.

Según La Epoca, el último correo del Pacífico ha llevado al Sr. Mendez Núñez instrucciones para que acumule el cargo de plenipotenciario al jefe interino de nuestras fuerzas navales. Se sabe que estas se hallan abundantemente provistas de carbon y víveres para algunos meses.

Leamos en La Correspondencia:

«Desde anteayer se viene hablando en algunos círculos políticos de que una parte, aunque pequeña, de los amigos de la situación, parecían no hallarse conforme con alguna de las ideas del Gobierno, y este rumor aparecía corroborado por el silencio de algún periódico y las ambiguas palabras de otro.

«Si ha habido vacilación por parte de algunos leales amigos del ministerio, cosa que no está aún bien probada, esta vacilación ha desaparecido al adquirirse el pleno convencimiento de la necesidad de ciertas medidas que después de todo, en nada alteran las aspiraciones liberales del Gobierno y sus firmes propósitos de

— 122 —

contemplar y examinar muchas ruinas con la mayor satisfacción y gusto; pero Elisa se conmovió a la vista de la Cartuja, que fué un día la gloria y la opulencia de Capri, la cual sin ella es ahora pobre y desgraciada. Yace el monasterio en un gracioso vallecito cubierto de campos, de praderas, de olivares y otros árboles. Es pequeño, pero de bella arquitectura, y tiene al rededor de sí varios edificios para forasteros, para el lagar, para los establos, etc.; como se acostumbraba en las antiguas abadías, cuyos monjes fueron los primeros maestros que enseñaron a los pueblos de Europa la agricultura y las artes. Al entrar en los claustros se oprime el corazón al ver las grietas y humedad de las paredes, los arcos ruinosos, las bellas esculturas arrancadas de las puertas, los capiteles de las columnas esparcidos por el suelo, y todas las paredes de los corredores llenas de señales, letras y figurones hechos con carbon, por haber sido convertido en cuartel en tiempo de Napoleón. Pero cuando Elisa entró en la gran sala capitular, y vio las bellas pinturas al fresco, consumidas, empujadas y en gran parte embarradas de negro y de lango por la ignorante soldadesca, que con una escoba se divertía en aquella obra de destrucción, se entristeció, y pensó en la suerte que hubiera cabido a los prodigiosos monumentos de Roma si hubiesen caído en poder de los hombres brutales que se complacen en trastornar las cosas divinas y humanas al grito de libertad.

En el fondo se entra en dos antiguos oratorios

— 123 —

lentos de estucos dorados y de pinturas: los frisos y cornisas están rotos, derrocados los altares y profanados los sepulcros de mármol y las estatuas de los piadosos guerreros que fundaron y dotaron aquella Cartuja, en la que para el reposo de sus almas, oraban los santos monjes.

Elisa salió de este lugar poseída de tristeza; y pasando a visitar las celdas, vio estos desiertos lugares de retiro, de meditación y de paz derruidos, desahucados; los pequeños huertos de las celdas en vez de flores y plantas odoríferas, estaban inundados de ortigas y de yerbas silvestres y venenosas. Dichas celdas con sus terraditos y jardines, en su mayor parte se hallaban encima de altísimos peñascos, cortados perpendicularmente al mar; y debajo se veían amontonadas rocas desnudas, entre las cuales penetraban las olas, cuyo rumor hacia más angustioso y severo aquel desierto. Arrimada Elisa a los antepechos, y viendo aquellas imponentes peñas coronadas de celdas, se imaginaba ver a los solitarios como al caer la tarde contemplaban la puesta del sol, que difundía su luz inflamada por las oscuras aguas, y daba a las rocas un color de fuego que las asemejaba al cráter de un volcan. Veía a las paviotas empolando tranquilas su cuna en los huecos de las peñas, y otras situadas en las puertas de las celdas, ó emprendiendo su ligero vuelo por encima del mar, reflejando los rayos del sol en su variado plumaje; verdadero símbolo de las santas almas, que después de haber elevado a Dios sus án-

— 126 —

co para que los impetuosos vientos no nos arrebatasen en peso por los aires. «Cuántos de los nuestros quedaron sepultados bajo la inmensa mole de los aludes! ¡Cuántos fueron arrastrados de improviso por los torrentes, que después de los aguaceros se derrumbaban por las peñas abajo, por las cataratas del monte, arrebatados con su irresistible violencia troncos de abetos y rocas con espantoso ruido! Pues bien, resistimos a todas estas calamidades.

«¡Pobres jóvenes, decía Elisa, cuánto padecisteis!

«Después que descendimos del monte, cayeron sobre nosotros nuevos desastres así en los collados como en los llanos. Por la inadvertencia é improvisación de los capitanes y furrieres, carecíamos de todo abastecimiento: así después de una marcha de diez ó quince horas, entrábamos en una aldea ó lugar en donde otros habían forrajado ya primero, y no hallábamos ni pan, ni vino, ni cosa alguna que restaurar nuestras perdidas fuerzas; y á veces los furrieres creían refocilarse gritando: ¡Viva la independencia!

«¿Y qué haciais entonces vosotros, pobres jóvenes?

«¿Qué hacíamos? A menudo venían los austriacos á darnos juntamente almuerzo y comida, enviándonos el maná, que nos venía de arriba sazonado con manteca; aquello era un gusto! En fin, así exhaustos, cansados de las largas marchas, y con el

— 119 —

causa ver á un muchacho que desde la proa del bote de un brinco se mete dentro del agua. Su caída levanta una trasparente y luminosa espuma, que reviste y envuelve los miembros del nadador, difunde á su alrededor una aureola diáfana y tersa, como formada de líquidas esmeraldas, y brilla como un sol bajo del agua. A cada sacudida que da con los pies ó con los brazos levanta y despidе una vagorosa claridad de una hermosura inefable, y cada movimiento de cabeza rodea una corona de luz semejante á una aureola celestial. Acaso en todo el mundo no existe otro objeto más natural y oportuno para dar una idea de la lucidez que tendrán los cuerpos de los mortales en el cielo, en donde lo grosero de la carne sustituido por la fuerza de la luz, hará trasparente como el aire y radiante la cubierta material de nuestras almas. Este fenómeno, según se cree procede de la refracción de la luz, la cual no hallando otro paso que la entrada de la gruta, que está á pocos pies sobre el mar, se descompone y refringe en el agua, difundiendo únicamente el color azul.

Salidos de la caverna, y subiendo otra vez á la nave que debía conducirlos á la playa del ameno vallecito de Capri, apresurando el movimiento de los remos, hendían el agua con rapidez y como rozando con las a las costas que se levantan verticalmente y cuyo pié baten las olas de aquel profundo seno, retumbando dentro de las cavernas, y volviendo á salir revueltas sobre sí mismas y convertidas

no llegar en el camino de la represión, siempre dentro de la ley, sino hasta el límite que le marquen los mal avenidos con el orden público y la sagrada defensa de los altos intereses encomendados a su custodia.»

Sin ser ministeriales, ni estar competentemente autorizados, decíamos el miércoles: «Si el general O'Donnell se empeña, a pesar de todo lo que hemos visto, los proyectos serán aprobados en el Congreso y hasta por los periódicos ministeriales que ahora fruncen el ceño.» ¡Si equivocaremos a los unionistas!

Dice La Razon Española:

«Los que han combatido sin tregua y con sin igual encarnizamiento al ministerio desde el mismo día de su advenimiento al poder, hoy aplauden sus actos, y le empujan a que siga resuelto por el camino que ha emprendido: entre tanto los que hemos defendido a la Unión liberal con idéntica constancia cuando estaba lejos del poder que cuando ha subido a él, y que estamos en un todo identificados con sus principios y con su porvenir...»

Este entrenece.

Véanse las magníficas confesiones liberales que hace *El Reino* de anoche, a propósito de los asuntos del Pacífico:

«Preciso es confesar que el sistema constitucional, por el que no podemos menos de regirnos, por ser el que más se adapta a nuestro carácter, no ha podido ser planteado bajo su verdadera forma, a causa de los disturbios interiores que han enervado nuestro país por espacio de largo tiempo, ni las bases de nuestra organización de hoy son todavía una garantía bastante sólida para el futuro bien de los pueblos. Los Gobiernos que han venido sucediéndose y que han pasado como meteoros por la esfera del poder, no han tenido la base en que se debe apoyar todo ministerio, que es la opinión pública; por consecuencia, ninguno de ellos ha podido consolidar una idea fija para marcar la marcha progresiva de la prosperidad nacional, ni fomentar el adelanto de las artes y las ciencias, que marchan a la cabeza de la moderna civilización. Los repetidos cambios de Gobierno, las luchas de pandillaje, el abuso de las leyes y la situación especiosa y apática de nuestro pueblo, han llegado a ponerlos, no al nivel de los últimos Estados, sino en el caso de ser el ludibrio y la burla de las naciones que en el siglo XVI temblaban al sólo eco de nuestro nombre. Las luchas de partido a partido han dado sus naturales consecuencias, y son las que, enervado el país por los continuos trastornos interiores que le azotan, como dejamos ya dicho, y acallando la ambición la voz del patriotismo en el corazón de las parcialidades, ninguna cuida más que de escalar ámbitos que la otra le muerde al poder. Es preciso, pues, que cesen nuestras rencillas y ambiciones y que pensemos todos los buenos españoles nada más que en sacar a salvo la honra de nuestro pabellón, que por desgracia peligra hoy muy lejos de nuestras costas.»

«¿Está seguro *El Reino* de lo que dice en las últimas líneas? ¿Peligra hoy nuestro pabellón muy lejos de nuestras costas?»

No lo creemos. Donde si acaso peligra es cerca, muy cerca de nuestras costas; acaso en nuestras costas mismas.

La *Política* combate las reacciones: más no ya las reacciones de la Unión liberal, sino las reacciones desde un punto de vista general, teórico, filosófico.

«Si ha habido vacilación por parte de algunos leales amigos del ministerio, esta vacilación ha desaparecido al adquirirse el pleno convencimiento de la necesidad de... etc.»

Son palabras de *La Correspondencia*.

Según *La Epoca* hoy no tiene probabilidad alguna un cambio de Gabinete, ni una votación contraria a los consejos de la Corona, y aun se puede asegurar que los hombres más importantes de las diversas fracciones conservadoras no lo desean tampoco.

¡Pchel...

La *Correspondencia*, por su parte, dice:

«Los presupuestos, terminados completamente por

todos los ministerios y revisados en el de Hacienda, han sido remitidos para su completa aprobación al Consejo de ministros, el que se ocupa sin levantar mano de esta hoy tan importante cuestión, que tiene ya muy adelantada.»

Lo creemos.

También dice el periódico de noticias:

«Ayer ha corrido entre los bolsistas la noticia de que aparte de las economías que se propoundrán en el presupuesto, el Gobierno medita otras para las que pedirá autorización a las Cortes. Ignoramos si este rumor saldrá cierto; pero desde luego no lo creemos destituido de todo fundamento, pues el Gobierno aspira a introducir todas las economías que sean compatibles con la conservación del buen servicio público.»

Lo dudamos.

Mucho se habla estos días en los círculos mercantiles, y aun se escribe en los periódicos de diferentes matices, acerca de las reformas que el Gobierno trata de introducir en la contribución de consumos. Asegúrase principalmente que van a ser rebajados los derechos sobre el vino, el aceite, el arroz, aguardiente y otros artículos de primera necesidad; quedando completamente libre la harina y muchos géneros de los que embarazan la recaudación sin producir considerables ingresos. Parece que también se trata de facilitar la administración del impuesto por los mismos pueblos.

La verdad es que un arreglo prudente y definitivo de esta interesantísima cuestión nos convendría a todos.

Tenemos la satisfacción de anunciar a nuestros lectores que en la sesión celebrada anoche por la Real Academia de la lengua española, fué elegido académico de número el Padre Cayetano Fernandez, Sacerdote de la Congregación de San Felipe Neri, preceptor del Principado de Asturias y autor de varias obras, entre otras de una colección de *Rubricas Ascéticas* que llamaron no ha mucho tiempo la atención de los que cultivan las letras. La elección del Padre Cayetano Fernandez es un hecho que a la par que contribuye a los fines de la Academia, cede en elogio de esta respetable corporación que al llenar el vacío que dejaba la falta de académicos de número que reunieran el sagrado carácter sacerdotal, ha tenido el acierto de elegir un Sacerdote que a sus profundos conocimientos literarios, renne la circunstancia de ser de todos conocido por su virtud y pureza de doctrina.

Según dice un periódico, el diputado D. Juan Bautista Alonso, que después de haber sido elegido por una de las provincias de Galicia, no se ha presentado hasta ahora en el Congreso, obedeciendo la consigna del retraimiento dada por sus correligionarios los progresistas, va a presentarse en el Congreso, con aprobación y acuerdo de sus amigos políticos, para interpelar al Gobierno sobre los últimos sucesos.

Pues, ¿y los Sres. Candau y Figuerola?

Habiendo revelado ya otros periódicos el secreto que guardamos ayer sobre quién fuese el desventurado que, sometido con otros siete individuos a un consejo de guerra y sentenciado a pena capital, como ellos, mereció que se conformentase desde luego con el dictamen de sus jueces el capitán general, creemos que no hay inconveniente en dar a conocer el nombre del señor Espinosa, capitán de Figueras y acusado del delito de sedición.

Ha llegado a Valladolid una compañía del regimiento de infantería de Africa, núm. 7, conduciendo armas, bandera y demás efectos pertenecientes al batallón de Almansa, sublevado en Avila. Dichos efectos han sido depositados en el almacén general de este cuerpo.

Por la sección de Fomento del Gobierno de esta provincia, se está formando el plan general de aprovechamiento de los montes en el año económico de

1866 a 67, a cuyo fin se han pedido a los alcaldes de los pueblos las noticias que hacen al caso.

De *El Meridense* del 28, tomamos la siguiente noticia: «Por las inmediaciones de Solsona se han visto algunos de los sublevados batidos en la Riva, suponiéndose que se dirigen a sus pueblos respectivos para presentarse a las autoridades dentro del término concedido por el capitán general de Cataluña.»

Dice *La Epoca*:

«El Gobierno inglés pedirá al Parlamento, que se reúna hoy mismo, facultades extraordinarias respecto de Irlanda.»

¿También allí?

Un periódico de noticias dice anoche que la Infanta doña Pilar se encuentra ligeramente enferma. Suponemos que la indisposición de S. A. habrá cesado cuando la *Gaceta* de hoy publica el parte de costumbre, anunciando que continúa sin novedad en su importante salud la Real familia.

El Centinela del Ejército, periódico militar que se publica en es a corte, dice, ocupándose de la sublevación de los regimientos de Bailén y Calatrava, que para satisfacer el buen espíritu de las ordenanzas los estancantes de los mencionados regimientos deberían doblarse, y envueltos en un paño negro depositarse en el templo de Atocha, no para registrar glorias como las que allí ostentan sus honrosos girnes, sino para que los siglos venideros olvidaran la afrenta que sobre ellas ha esculpido la deslealtad.

La deuda flotante en 1.º de Diciembre importaba 141.671,484 escudos, tuvo un aumento en dicho mes de 5.823,928 escudos y una disminución de 7.475,547; quedando por tanto reducida en 1.º de Enero a escudos 140.089,865.

Ayer se ha constituido en el Senado la comisión de imprenta, nombrando su presidente al Sr. D. Facundo Infante y secretario a D. Manuel Sanchez Silva. Parece que la comisión ha pedido todos los antecedentes que hay sobre la cuestión de imprenta desde los trabajos hechos en tiempo de las Cortes constituyentes.

Mañana se dará segunda lectura de la proposición presentada por el marques del Duero para abreviar los debates de la contestación al discurso de la Corona. Se cree que la apoyará el mismo marques.

Según *La Reforma*, las palabras pronunciadas por el Sr. Posada Herrera respecto a los acontecimientos, de Barcelona, entre otros efectos, han producido el importante de devolver la salud al Sr. Hurtado, quien a pesar de su grave enfermedad, volverá a ocupar dentro de breves días su cargo de gobernador de la capital del Principado.

En una correspondencia del *Diario de Barcelona*, fecha en Madrid el 29 de Enero leemos lo siguiente: «Ayer hice Vds. algunas indicaciones acerca de un importante descubrimiento, llamado a hacer una completa revolución en el sistema de construcciones navales y en la táctica de guerras marítimas: hoy puedo ser algo más extenso, ya que debido a un efecto de casualidad he tenido ocasión de oír al autor en el ministerio de Marina, precisamente a la sazón en que acababa de entregar la memoria explicativa del proyecto al señor ministro D. Juan Zavalá; y en verdad me dejó maravillado, toda vez que en brevísimos días he podido observar en *Monitor* o *Monitor* marino cualquier nave de vapor, sin que sea obstáculo sus dimensiones, forma ni materia de que se componga el casco.

Pero el primordial mérito de la concepción se cifra en el poquísimo coste y en que las embarcaciones que empleen esta clase de coraza de quitá y pon, ganan infinitamente en estabilidad y ligereza, mientras que por otra parte quedan completamente invulnerables y sin adolecer del defecto de insalubres y poco marinerías, cuyas dos últimas circunstancias tanto afectan al mérito que se dio a la invención de las fragatas blindadas y monitores.

El autor es un marino catalán bastante conocido, y sería sensible que el Gobierno no aprovechara la ocasión propicia que al parecer se le ofrece para po-

ner con poco gasto la reducida marina de guerra española a gran altura.»

De una carta de Vitoria que hoy publica *La España*, tomamos con gusto los siguientes párrafos:

«Entre los ataques más injustos, más pronunciados por los que debían estudiar nuestra buena administración, y por consiguiente, ya que desean adquirir nombre, prodigar nuestra moralidad, nuestra futura convicción de conservar la unidad religiosa, nuestro profundo respeto a las autoridades todas, el que nuestra M. N. y M. L. provincia de Alava acaba de sufrir de algunos escritores, que, bien por ignorancia (como así lo suponemos) ó por malicia, la han inferido el insigne agravio de haber falsificado el acta de la voluntaria entrega de la siempre N. y L. provincia a la Corona de Castilla.»

Para deshacer esta calumnia, el diputado foral señor D. Pedro de Egaña reunió en el salón de la diputación a varias personas.

«En este gran salón donde por dos veces nuestra Reina y Señora ha recibido a las diputaciones vascongadas, estaban las personas que representan las clases todas de la sociedad, como son: nuestro venerable Prelado de la diócesis, señor Dean, señor Chantre, Arcediano, señor Provisor, señor Doctoral, señor Canónigo Iriado y señor Pedro, señores Curas párrocos Iriado de esta capital, varios señores Sacerdotes, señores padres de provincia, secretario del gobierno civil, señores alcaldes Velasco e Ibarro, procuradores síndicos y varios señores concejales, señores diputados provinciales, varios comerciantes, industriales, letrados, escritores públicos, individuos de las juntas de beneficencia y sanidad, señores procuradores del instituto alaves y escuelas normales, señores oficiales generales residentes en esta plaza, señores brigadieres del cuerpo de artillería, sanidad militar y demás que por descuido involuntario no anotamos, y ocupando la silla presidencial el señor juez del distrito D. Rafael Alvarez con asistencia del señor promotor fiscal que estaba a su lado, D. Antonio de Roda y del notario Sr. Esquinosa, se procedió por este con arreglo a derecho a dar lectura del expediente incoado por nuestro diputado general ante el juzgado de primera instancia, tomando en seguida solemne juramento a los señores D. Benigno de Lacunza y D. Félix de Alegria, el primero director de la escuela normal y el segundo regente de la misma como peritos, nombrado el uno por la diputación y el otro por el ministerio fiscal para el examen de tan importante documento, los que después de cumplir muy gustosos esta comisión de tanta responsabilidad como honra, se exhibió por el señor secretario-actuante y el Sr. Sarraile, oficial de la diputación, a todos los concurrentes para que con la luz del medio día vieran y se enterasen de la pureza del documento archivado desde la voluntaria entrega de nuestra provincia a la Corona de Castilla y lo comparen con los escritos posteriores en el cuaderno de leyes y ordenanzas de Alava.

Acto continuo el Sr. Lacunza, sin perjuicio de presentar en unión de su digno compañero el señor Alegria un extenso y razonado informe por escrito, con voz clara, lenguaje preciso y formas muy propias de persona tan ilustrada, hizo un perfecto análisis de todas las letras que constituían las palabras aludidas de falsificación, así como del estado perfecto y de la buena conservación del pergamino, sentido gramatical y cuanto podía conducir a destruir la calumnia inventada por los contrarios a nuestras instituciones, más dignos de compasión que de otra cosa y sin que dudase por nadie de que el acta original de la libre y voluntaria entrega de la M. N. y M. L. provincia de Alava era aquella que veíamos y palpábamos, hallándose en el mismo estado de pureza que cuando se firmó por el Rey y señor, sin embargo del tiempo transcurrido. En este estado se dió por terminado el acto aclaratorio que hará época en la historia de Alava, firmando con su señoría todos los señores presentes ya citados, no sin antes recibir de nuestro caballero diputado las más expresivas gracias por contribuir a un suceso de sí muy importante para el país y que a la simple vista demuestra el celo foral de nuestro primer magistrado, cuyo nombre recordará con orgullo la historia de tan distinguido alaves.

Por el corregimiento de Madrid se ha dictado y hecho leer en las esquinas un bando en el que, después de anunciar el levantamiento, ya hecho, de un edificio para la venta y compra de granos en la plaza de la Cebada, se previene al público que en adelante no se permitirá la venta y compra de gra-

nos sino en dicho local, quedando prohibido a los tahoneros el hacer compras fuera del mismo, y debiendo dar cuenta de todas las compras que se hagan, todo bajo las mayores penas que pueden imponer los alcaldes-corregidores. La venta de la paja se hará también precisamente en la plazuela del mismo nombre. Después de lo cual, sólo nos resta añadir que muy equivocado anda el marques de San Sturnino si cree que con las medidas anteriores hay bastante para reprimir los abusos que de tiempo inmemorial se vienen cometiendo en el mercado de granos de Madrid.

Ha sido aprobado por el ministerio de la Gobernación el expediente sobre adquisición por expropiación forzosa de la casa número 20 del Postigo de San Martín, que ocupa la fonda de los Leones, y de la del número 56 de la calle de Preciados, cuyos edificios deben desaparecer con otros varios, para llevar a cabo el antiguo proyecto de ensanche y prolongamiento de esta última calle y la del Cármen.

«Faustino Bustaraz y Pinilla, procesado y condeñado en rebeldía a la última pena por el homicidio de Teresa Samper, perpetrado en la noche del 17 de Noviembre de 1864 en un ventorrillo situado en las inmediaciones de la Fuente Castellana, se encuentra en la cárcel del Saladero, a disposición del juzgado de la Inclusa, donde ha sido conducido por delito de harto verificado uno de estos últimos días. Este individuo parece que en la actualidad deba llamarse José Jimenez Martinez, y después de ser reducido a prisión ha declarado ser supuesto este último nombre, y que el verdadero es el de Faustino.

El *Diario oficial* publica el siguiente aviso del Banco de España:

«Desde el día 6 del corriente mes se satisfarán por este establecimiento los intereses correspondientes al segundo semestre de 1865, procedentes de los efectos depositados en el mismo, que se expresan a continuación:

«Títulos del 3 por 100 consolidado interior y exterior.
«Idem diferido id. id.
«Inscripciones del 3 por 100 consolidado.
«Idem id. diferido.
«Acciones del Canal de Isabel III.
«Material del Tesoro no preferente.
«Acciones de carreteras de Julio.
«Idem de obras públicas.
«Obligaciones del Estado por subvenciones de ferrocarriles.

«Idem del ferrocarril de Alar a Santander.
«Idem del ferrocarril de Córdoba a Sevilla.
«Idem id. de Langreo.
«Idem del Crédito Mobiliario español hipotecario sobre la fábrica del gas.
«Acciones de la Sociedad Española Mercantil e Industrial.
«Idem de la Sociedad de Crédito y Fomento Banco de Madrid.
«Idem de la Compañía de los ferrocarriles portugueses.

«Obligaciones del ferrocarril de Barcelona a Zaragoza.
«Lo que se avisa a los interesados que tengan constituidos depósitos de las clases referidas para su conocimiento.»

En la *Santa Iglesia catedral de Oviedo* se ha a vacante la dignidad de arcipreste por fallecimiento del doctor D. Victor Cernelo de Velasco, Sacerdote muy querido por su saber y sus virtudes en aquella diócesis.

En medio del sentimiento y amargura que la muerte del recto magistrado y senador del reino, Sr. Lacotera, nos ha producido, debemos de confesar que hemos experimentado cierta satisfacción al ver como periódicos de muy diferentes matices, sin reparar en las opiniones políticas de aquel señor, han hecho justicia a sus honrosas cualidades y lamentado su sensible pérdida.

[También en esta vida tiene su premio la virtud.]

Con motivo del incendio ocurrido hace cuatro días en la casa núm. 5 de la calle de Quirón, han quedado reducidas a la indigencia las pobres familias que la habitaban, y a fin de aliviarlas en lo posible de los males que están sufriendo, se ha abierto una suscripción, quedando encargada de ella, como presidenta de la parroquia de San Marcos, la señora condesa de Superunda, que vive en la calle de San Vicente Baja, número 72.

Los vecinos de la villa de Albornache se quejan, y con razón, de verse privados de iglesia; celebrándose los Divinos Oficios en un local impropio para el caso, es razón a que las obras de dicha iglesia no pueden concluirse por los contrabistas, que ya llevan gastados siete mil ó más duros, sin haber percibido más que 10,000 rs., con los que apenas han podido pagar al arquitecto director de las obras. Esperamos que la junta de reparación de templos del arzobispado atienda con preferencia a esta necesidad urgente.

La situación de Santander mejora de día en día. Desde que se cantó el *Te Deum* sólo se han presentado uno ó dos casos de cólera más benignos que los anteriores, y que afortunadamente no han ocasionado la defunción de los atacados. El puerto se vea más concurrido de buques, y las transacciones de marinas y azúcares iban tomando incremento en la plaza, habiéndose flutado ya un número bastante crecido de bucos de diferentes portes para la isla de Cuba. Esperamos que dentro de breves días Santander recobrará por completo la animación mercantil que siempre ha dado nombrada a su mercado.

en blanca espuma. Llegados a la orilla, vinieron varias muchachas aldeanas, con el traje propio de tales, sumamente limpio y curioso, las cuales apoyaron unas tablas en la orla de la nave, y por ellas bajaron los que iban en ella a un escabel, donde pusieron los pies antes de saltar a tierra para no mojarse.

Tiene Capri su asiento en una elevada colina, entre dos grandes picos que forman los peñascos. Por el lado correspondiente al valle está cubierta dicha colina de viñedos y de amenisimos jardines y verjales de naranjos y de toda clase de árboles frutales, dispuestos a modo de anfiteatro hasta debajo de los muros ciclópeos, que a trechos ostentan aun los enormes sillares de las primitivas murallas, restauradas después por los romanos, y últimamente por los aragoneses. Por el lado opuesto, la pendiente del monte, después del espacio que ocupa la ciudad, las huertas, algunos bosquecillos de olivos y reducidos campos de trigo, se inclina rápidamente hacia el mar al que se precipita junto al cabo de la Campanella, frontero a la Magna Grecia. Capri presenta el aspecto de una verdadera ciudad oriental, con sus casas sumamente blancas, todas con azotea en vez de tejados, y blanqueadas con una especie de estuco que resiste a la acción del agua y del sol. Tiene algunas fortificaciones y torrecillas almenadas; una catedral, en cuyo tesoro se conservan los bustos de plata de sus santos, y una antiquísima cruz de cristal con esmaltes, que fué sal-

viéndose a la comitiva pasó con ella de una a otra casita de los antiguos monjes, hasta que llegaron por el jardín al sitio donde se hallaba el adifligido joven. D. Carlos estaba hablando en el claustro con D. Juan, acerca de la caza, la cual por Mayo y Setiembre es abundantísima en aquella isla, a la que acuden los animalitos para pasar luego al mar. Las dos doncellas, dándose el brazo, seguían a Bartolo, que entonces mismo acababa de acercarse al joven y le preguntaba si era natural de Capri ó extranjero.

—Soy calabrés, respondí, y mi mala ventura me arrojó a la guerra de Lombardía como voluntario de la Princesa de Beiglioso, con otros insensatos amigos míos, que abandonaron la carrera de jurisprudencia.

—¿En qué acciones os hallásteis? le preguntó Bartolo.

—En varias: pues con los demás voluntarios italianos recorrí los altos montes de la Lombardía fronteros al Tirol. Permanecí al sereno en medio de las nieves y de los hielos vestido muy a la ligera, y tuve que estar bajo las estrellas haciendo centinela, y de patrulla en las horridas gargantas y desfiladeros, donde se engolfan los vientos tempestuosos y los huracanes que arrancan las añosas hayas y las más robustas encinas.

Los granizos, las lluvias, las escarchas, los torbellinos eran continuos, sin que tuviésemos más recurso que echarnos boca abajo al pié de un barran-

sias y suspiros en aquella soledad, volaban a las celestiales regiones, en donde brillaban con los ex-celsos resplandores que sobre ellas derramaba a torrentes el sol de amor.

Elisa volviese a Luisita, y comparando aquellas celdas pendientes sobre abismos a los solitarios nidios de los alciones, decía dulcemente:—¡Ay amigos, qué placida tranquilidad inspira este eremitorio, cuya calma suprema y profundo silencio engendran castos y sublimes pensamientos de vida eterna! Hasta el mundo, que es todo bullicio, agitación y confusión, envidiaba a esos anacoretas la santa tranquilidad del alma, y los arrebató violento de estos peñascos, en medio de los cuales, como los diamantes y las esmeraldas en el seno de las rocas, brillaban a los ojos de Dios.

En uno de los miradores, fuera del jardín de una celda, que correspondía precisamente al frente de otra altísima y enroscada peña (la que abismándose en el mar formaba con el conveño peñascos que sostiene la celda, una oscura y profunda caverna) había un joven de aire sombrío y adusto, que estaba con la vista fija en el abismo, suspirando con afán. Elisa, movida de su buen corazón, hizo señas a su padre y le dijo:—Padre mío, ¿veis allí aquel joven que triste parece? Estoy cierta de que es víctima de alguna cruel desgracia: observad cómo tiene los ojos fijos y el rostro pálido y macilento: ¡mo causa tanta lástima!... Acaso no tiene de qué comer y se halla en la indigencia. Bartolo se conmovió, y vol-

vada milagrosamente de las llamas en un incendio que causaron en el templo unos antiguos corsarios moros con que la reedificaron enteramente a cenizas.

La alegre comitiva fué recibida en casa de cierto sugeto llamado D. Juan, pariente de Auriemma, y convidada a disfrutar de la más hermosa perspectiva que cabe imaginar, desde una tribuna ó mirador que en lo más alto de la ciudad domina el deliciósimo valle de Isola. Levántase por aquel lado solitario y vertical un torreón formado de roca desnuda, en cuya dilatada loma hizo edificarse Tiberio un portentoso palacio. Inferiormente al mirador recréase la vista contemplando todos aquellos risueños y deliciosos jardines, que descienden ya suavemente, ya formando mesetas hasta la playa del mar, y suben después por los lados de dos alturas, escondiéndose entre las rocas. El monte fronterizo conduce por pequeños senderos, que van cubrebrando, ó forman escalones cortados en la peña viva, a la opuesta ciudad de Anacapri, que tiene su asiento en un sitio yermo y separado del resto de la isla, no ofreciendo más vista que la del mar de que está rodeada, y así se vive en ella con la sencillez de los primitivos pobladores del mundo que antiguamente la edificaron. ¡Dichoso país que bajo el más hermoso cielo de Italia, vives apartado de los tumultos de que esta se halla agitada hace tantos años, sin que todavía se resolviera a ser prudente y a reponerse de tantos trastornos!

Bartolo, en clase de alicuario, tuvo ocasión de

PARTE RELIGIOSA.

SANTO DE HOY. La Purificación de Nuestra Señora.
SANTOS DE MAÑANA. San Blas, Obispo, y el Beato Nicolás de Longobardo.

CULTOS.

Se gana el jubileo de Cuarenta horas en la iglesia de monjas de las Maravillas (calle de la Palma), donde continúa la novena de su estela titular: á las diez será la Misa mayor con sermón que predicará D. Ignacio Ibarra, y por la tarde en los ejercicios dirá el sermón D. Luis Peralta.

Continúa por la tarde, en San Luis, la novena de la Virgen de la Leche y Buen Parto, y dirá el sermón D. Ignacio Silva.

Por la noche se cantará la letanía y Salvo á la Santísima Virgen, en Italianos, San Isidro, San Martín, San José, Santa María y Nuestra Señora de Gracia.

VISITA DE LA CORTE DE MARIA.—Nuestra Señora del Buen Consejo, en San Isidro, ó en San Marcos.

Serena de San Julian, Obispo de Cuenca, con rito doble de segunda clase y color blanco.

PARTE OFICIAL DE LA GACETA.

Por la Presidencia del Consejo de ministros se publican los partes del presidente de la facultad de la Real Cámara, en que este señor manifiesta á las once del día y á las once de la noche el buen estado de salud en que continúa S. M. la Reina y el serenísimo señor Infante D. Francisco de Asís Leopoldo.

De este mismo beneficio siguen disfrutando las demás personas de la Real familia.

CORTES.

SENADO.

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SEÑOR DUQUE DE LA TORRE.

Sesión celebrada el día 1.º de Febrero de 1866.

Se abrió á las dos y diez minutos, y leída el acta de la anterior, fué aprobada.

El Senado quedó enterado de una comunicación en que el señor ministro de Estado, con fecha 24 de Enero último, trasladaba los Reales decretos por los cuales S. M. la Reina Nuestra Señora se dignó disponer que el Sr. D. Juan Zavalá, marqués de Sierra-Bullones, ministro de Marina, se encargase nuevamente de dicho ministerio, y que cesase en el despacho del mismo el señor duque de Tetuan, presidente del Consejo de ministros y ministro de la Guerra.

También lo quedó de que los Sres. D. Manuel Ortiz de Zúñiga, marqués de Malpica y D. José María Huete se excusaban de asistir á las sesiones por hallarse enfermos.

Igualmente lo quedó de que la comisión que ha de informar acerca del proyecto de ley reformando varios artículos de la vigente de imprenta, había nombrado presidente al Sr. D. Facundo Infante, y secretario al Sr. D. Manuel Sánchez Silva.

Se anunció que el Sr. D. Domingo Mascarós ingresaba en la séptima sección.

Se recibieron con agrado, y se acordó que pasaran á la biblioteca, seis ejemplares de la *Colección legislativa de Minas*, y otros seis de la *Memoria sobre el beneficio de las sustancias bituminosas*; ejemplares que remitía el señor director general de agricultura, industria y comercio.

ORDEN DEL DIA.

Continuación del debate pendiente sobre el proyecto de contestación al discurso de la Corona.

Leída de nuevo la enmienda suscrita por los señores Seijas Lozano y otros, dijo:

EL SR. PRESIDENTE. El Sr. Seijas Lozano tiene la palabra como uno de los firmantes de la enmienda que acaba de leerse.

EL SR. SEIJAS LOZANO: Señores senadores, pocas cuestiones pueden presentarse á vuestra decisión que sean de tanta gravedad y trascendencia como la que vais á resolver en este momento, especialmente entre aquellas que se refieren al orden social. Efectivamente, en la que vais á decidir se envuelve la resolución de la aprobación de los medios empleados por Cerdeña para haberse apropiado los Estados que otros Soberanos tenían en Italia. En esa misma cuestión va también á resolverse la gran conquista de la civilización, la encarnación de los principios eternos del derecho en el derecho de gentes, la hemos de borrar de una pluma para volver á los tiempos de la edad media, en que la fuerza, la violencia y la iniquidad eran el único derecho que regia en el mundo. En esa cuestión vais también á decidir si los tratados internacionales, ese último refugio á que se acogieron las naciones, puede romperse por cualquiera de las partes contratantes faltando á la fe jurada y quedando en libertad para poder obrar contra lo estipulado en sus propios pactos. En ella vais, en fin, á ocuparos de los grandes intereses del Catolicismo, y de si el poder temporal del Sumo Pontífice ha de permanecer en la situación precaria á incierta en que se le ha colocado.

Ved, pues, señores, si tengo razón para decir que en el orden social no es fácil se presente á vuestra deliberación un asunto de tantas dimensiones y de tan grandes consecuencias. A limitar, pues, estos males en lo posible en las circunstancias dadas en que nos encontramos, se encamina mi enmienda: y al demostrar, por consiguiente, que esos males son evidentes, y que nosotros mismos los tocamos, y que en breve han de producir lastimosas calamidades será el objeto de mi discurso; siendo de notar, señores, que no vamos á resolver esta inmensa cuestión de un modo directo, de la manera que se resuelve el dar siquiera sea una pensión de 5 rs. diarios, sino que vamos á resolverla de soslayo y como pudiera hacerse respecto á una cuestión de mucha menos importancia. Tales son las consecuencias de la adopción de ese sistema francés que da á la contestación del discurso de la Corona un carácter que no debe tener, y que si se le atribuye en Francia, es porque las costumbres de aquel país, contrarias á las nuestras, así lo permiten.

Todos sabéis los efectos que produjo el anuncio de que se iba á resolver la cuestión de Italia. A esta sola indicación respondió todo el episcopado español, exponiendo sus ideas sobre esta cuestión, correspondiendo las manifestaciones de miles de ciudadanos y los clamores de nuestras mujeres y de nuestras hijas, que son todos los países la significación genuina de los

sentimientos religiosos de todo el pueblo. Todo el país se alarmó, y, sin embargo, los que tenían algun conocimiento del expediente incoado sobre este punto, esperaban que el Gobierno no llevaría á cabo su propósito; pero, con sorpresa de todos el reconocimiento se hizo.

Entonces los hombres políticos no pudieron dejar de tomar parte en este negocio, y el partido moderado publicó un manifiesto consignando en él sus ideas sobre este punto; sin que sea extraño que en un partido tan numeroso y que lleva tanto tiempo de ser combatido por mil medios, hubiese divergencia de opiniones, no en lo fundamental de la cuestión, sino en ciertos accidentes que eran de gran importancia. Hubo entre nosotros quienes creían que los Cuerpos colegisladores debían declarar ineficaz ese reconocimiento y dejarlo sin efecto, y para ello había la razón de que esa cuestión entrañaba otra gravísima, pues podía envolver en el reconocimiento la renuncia tácita de la Reina á los derechos eventuales de su dinastía en varios Estados de Italia, y la Constitución dice que para desprenderse la Corona de una parte del territorio necesita estar autorizada por una ley, y si bien no había nada respecto á esa clase de derechos eventuales atendiendo á ese espíritu, parece que no pueda renunciar sin este requisito el derecho á una ó más Coronas.

No es extraño, pues, que el Sr. Huete y sus amigos sostuvieran esta tesis; pero como quiera que el reconocimiento estaba hecho y en ello estaba interesada la honra del Gobierno español, creía yo que debía respetarse, aunque con la condición que pongo en mi enmienda; y en medio de las diferentes opiniones que surgieron, como todos estábamos conformes con los principios y fundamentos de la cuestión, y sólo éramos guiados por el deseo del bien de la patria, llegamos á un acuerdo común y se aceptó mi enmienda, razón por la que me presento yo á sostenerla; no obstante ser el que menos dotes tiene para abordar una cuestión de tanta magnitud, haciéndolo por cumplir un deber de partido y de conciencia. Sin embargo, debo manifestar que como para sostener una tesis como la que he indicado es necesario entrar en una serie de apreciaciones de hechos y de derechos bastante extensa, no quiero hacer á nadie responsable de esto, pues soy el único que de ellos debe responder.

Entró, pues, á sostener la enmienda que, como el Senado habrá comprendido desde luego, contiene dos partes. Primera, la desaprobación en absoluto y en principio del reconocimiento del reino de Italia, y la segunda la hipótesis de que en el caso de que los altos intereses y la conveniencia verdadera del país y de los principios exigieran que ese reconocimiento se hiciese, que había de ser con las condiciones y oportunidad que por medio del expediente se han podido comprender, lo que desgraciadamente se han olvidado, no por el empeño sino por la precipitación.

De lo expuesto se desprende que es preciso examinar esa cuestión en la región del derecho, y para ello hay que definir ante todas cosas lo que es el reconocimiento del reino de Italia, haciéndose cargo no sólo de lo que es ese reino, sino de las causas que han venido á constituirlo tal como hoy se encuentra.

Desde luego habrá que convenir en que es una agrupación de nacionalidades diversas, que reconocían Soberanos distintos, que eran libres é independientes en su soberanía, y bueno es que nos hagamos cargo de los medios por que han venido á constituir lo que el Gobierno ha reconocido.

Todos saben, señores, la guerra que el Piamonte venció á Austria, en la esperanza quizá de que había de tener un poderoso auxiliar, y en efecto, así sucedió; y á consecuencia de la batalla de Solferino se verificó la paz de Villafranca, en que el Austria cedió la Lombardía á la Francia, que á su vez cedió al Piamonte.

Sobre esto nada tenemos que decir, pues se hizo uso de uno de los medios admitidos por el derecho para transmitir la soberanía de un pueblo. En ese tratado, que se ratificó después, entraba por base el respeto á los Ducados, las Legaciones y los Estados Pontificios; y parecía natural que después de esto y de la declaración hecha por el Emperador de que esos Estados no habían de sufrir nada por consecuencia de aquella guerra, habían de permanecer en el estado que antes, pero no sucedió así: el Piamonte explotó la situación en que se encontraba la Italia, y cuando esos territorios se hallaban ocupados todavía por las tropas, el conde de Cavour se entendió con las sociedades secretas, hizo que se creara una que se tituló Nacional, y que se mandasen emisarios á todos los Estados de Italia para formar en ellos secciones de aquella asociación, cuyo presidente era el instrumento de que se valía el conde de Cavour, que adoptó diferentes medios para lograr su objeto.

En Toscana, por ejemplo, se decía que el país estaba contento con su Soberano, que era una persona de talento y de grandes cualidades y que debía satisfacer un poco el espíritu de libertad de aquel pueblo; y así se lo indicaba también el representante de Víctor Manuel en Florencia.

El duque asintió á esto, se formó un nuevo Gabinete, cuyo presidente no pudo menos de sorprenderse al ir á ver al representante del Piamonte y comprender que allí se estaba conspirando, lo cual se desprende, entre otros documentos, de un despacho que el representante inglés envió á su Gobierno. La conspiración dio su fruto, produciendo el resultado de nombrar á Víctor Manuel dictador de Toscana.

En Parma se trabajaba á la vez en el mismo sentido, empleándose iguales medios que en Toscana, siendo las tropas de ocupación las que repartían los papeles subversivos y protegían las reuniones tumultuosas, obteniendo también el resultado de que se adoptase la dictadura de Víctor Manuel. En las Romanas seguían también su curso los acontecimientos, sucediendo lo mismo que en los Ducados, y como era imposible que pasase desapercibidos estos hechos, los representantes de las naciones extranjeras lo participaban así á sus Gobiernos, y entre ellos lo hizo el de Inglaterra en los términos que se desprende de uno de los despachos que dirigí con motivo de los sucesos que estaban presenciando.

Sin embargo, el hecho fué que el Rey del Piamonte mandó sus delegados á esos tres distintos Estados, y aun cuando decía que no había que alarmarse por ello, en lo cual hasta la Francia fué lastimosamente engañada, pues seguramente en aquellos momentos las armas francesas hacían mal papel en Italia, se procedió á cambiar en esos Estados toda la administración y los empleados, y después que todo esto se hizo, se provocó una votación que todos pueden figurarse cómo se verificaría con esos elementos y habien-

do un ejército que ocupaba al país. Así se hizo la anexión al Piamonte; dando lugar á que pudiese decir el representante inglés, que una cincuenta parte de la población habían vendido los atenienses de Italia á los bocios del Piamonte.

Aquí terminó, señores, la primera etapa del Piamonte sobre Italia; y como ya los medios eran conocidos, no era fácil utilizarlos del mismo modo, y se comprendió que era necesario apelar á otros.

Y así se hizo respecto á las Marcas, la Umbria y el reino de los Dos Sicilias. Se procedió á ir dando por una parte la licencia á los cuerpos de voluntarios que se habían formado, alistándolos por otra valiéndose de Garibaldi; y esto no costó sólo de los despachos de las naciones extranjeras, sino que se desprende hasta de los remitidos por nuestro representante en Turin, pues á vista de todo el mundo en Génova se estaban comprando útiles y allegando todos los medios para la expedición que se trataba de verificar. A las reclamaciones de España, de Rusia y de otros Estados, se declaró por el Piamonte que Garibaldi era un mal súbdito, que le condenaba su conducta; pero al mismo tiempo que se decía que la escuadra piamontesa iba á impedir la expedición, el almirante recibía las órdenes de navegar entre Garibaldi y los buques napolitanos, añadiéndole que ya comprendería la orden que se le daba; y en efecto, lo entendió perfectamente, según la contestación que dió. La expedición llegó á su destino, y cuando fué necesario ayudar á Garibaldi de otro modo, se mandaron ya 70,000 hombres que, de paso, destruyeron el pequeño ejército de Lamortiere, á quien con tanta confianza se había entregado el Santo Padre.

En el reino de Nápoles se preparó también la votación, como se había hecho en los otros Estados; y á pesar de los medios que se pusieron en juego, el número de los que fueron á votar fué muy escaso, y lo que sobre todo vino á demostrar cómo se había verificado esa anexión, es el resultado de la elección de diputados, que el que más obtuvo 41 votos, y es digno de notarse que quien ha dirigido la censura más acerba á ese modo de proceder, ha sido el Emperador Napoleón, con su modo de obrar en las provincias de Saboya y Niza, que le cedió el Piamonte, pues hizo salir de ellas toda la fuerza armada, dejándolos en absoluta libertad para emitir su voto; manifestando después, en 1.º de Marzo de 1860, que aquellos votos no habían sido arrancados ni por una ocupación militar ni por sortas manobras; formando así un contraste con lo que al dar cuenta de los acontecimientos dijo el conde de Cavour, manifestando que eran una consecuencia necesaria de la política piamontesa de 12 años á aquella parte, es decir, desde el principio del reinado de Víctor Manuel.

Aquí tenemos, por consiguiente, señores, lo que es el reino de Italia, según resulta de multitud de documentos irrecusables. Ahora lo que tenemos que hacer es ver si el resultado de esos actos es tal, que haya podido merecer el reconocimiento de los Estados de Europa que lo han hecho.

Todos sabéis que el derecho privado de muy antiguo había llegado á un grado de perfección que hoy mismo admiramos, sin que no obstante se hubieran atrevido á penetrar en esa región contigua, que es la del derecho de gentes; pero como esto no podía menos de llamar la atención de los que de esas materias se ocupaban, llegó al caso de que un escritor holandés hubo ya de escribir una obra titulada *De jure belli ac pacis*. Desde la caída del Imperio romano las guerras se habían sucedido unas á otras sin cesar, de tal modo, que fatigada ya la Europa, todos los hombres serios y de juicio que veían que nada podía adelantarse de esta manera, trataron de buscar algún remedio, y principiaron á crearse el derecho de gentes con aplauso de los Gobiernos y los pueblos; pero no bastaba lo hecho por entonces, porque las naciones no son como un pueblo determinado, que tiene sus poderes establecidos para dirimir las dificultades que se originen, y por una especie de transacción vinieron á adoptar lo que se llamó el derecho consuetudinario.

Tampoco esto fué bastante, y se juzgó necesario que hubiese un derecho positivo, viniéndose á parar á los tratados.

Llegó la ocasión en que un célebre Monarca, el Capitán del siglo, que tuvo 20 años de guerra, cambió el estado de las naciones á su arbitrio, y después de obtener gran número de victorias, emprendió desgraciadamente para él la campaña de Rusia, y dejó de serle la suerte favorable. Entonces los Soberanos de varias potencias resolvieron hacer un tratado que principiase en París y acabó con el acta de Viena.

Dicho esto, vamos á ver si la formación del reino de Italia está conforme con el derecho de gentes, ya sea con el necesario, ya con el consuetudinario ó con el positivo.

Para estar conforme con el primero, sería necesario cumplir con sus prescripciones, que, según uno de los escritores que más respeto han merecido siempre, son las de que todo el derecho del que hace la guerra, viene de la justicia de su causa, y que el que ataca á uno con injusticia no tiene absolutamente ningún derecho. Y precisamente la formación del reino de Italia ha tenido lugar contra lo que ese derecho establece, sin que haya cumplido tampoco con las exigencias del derecho consuetudinario, porque esas agregaciones no se han hecho por ninguno de los medios que él reconoce. No nos queda, pues, otra cosa que examinar si tiene en su favor el derecho positivo; y para ello veamos lo que se estableció en el tratado de Viena, sin que se crea por ello que voy á ser aquí su apologista, porque fuimos los menos considerados en él, sin embargo de que éramos los que más habíamos contribuido á llegar á ese estado; pero la España se adhirió, lo aceptó la Europa, y no hay más que atenderse á él, porque es una ley que rige en los pueblos de Europa y á cuya observancia estamos todos comprometidos.

En uno de sus artículos se definieron los límites del reino de Cerdeña, que ciertamente fué mejorado en él. En otros artículos se arreglaron los del ducado de Parma y sus agregados, los de Toscana, igualmente que los de los Estados Pontificios; y á respetar lo acordado en este tratado venía el Piamonte obligado, lo mismo que los demás, y de consiguiente, ni ha podido el Piamonte agregarse esos Estados sin cometer una infracción de ese derecho en la forma que esto ha tenido lugar, ni se ha debido reconocer ni dar asentimiento á un hecho semejante, con arreglo al derecho de gentes, por los que se habían comprometido á observar ese tratado, y así lo reconocen los mejores publicistas. De ahí la razón de lo que yo os propongo en mi enmienda. Y con esto he concluido la primera parte.

De lo expuesto se infiere que en principio el recono-

cimiento no ha podido hacerse; pero decía yo, sobrevenían á veces una serie de acontecimientos tales que no permiten que podamos llevar tan adelante el rigor del derecho, poniéndonos en la necesidad de hacer un sacrificio contra los principios; más cuando este se haga, es necesario mirar bien la forma en que se lleva á cabo. La España, señores, se encuentra en una situación tal que no es una mera Potencia de Europa, sino que añade á esto el título de Potencia católica, y como tal tiene obligaciones que cumplir y tiene derechos que debe hacer que se respeten.

Y, señores, entre los Estados que han sido invadidos y usurpados, se encuentran los del Sumo Pontífice, que se han dejado reducidos á una pequeña parte que se halla amenazada del modo que todos sabemos. Y ya que de esto me ocupo, debo hacer una observación, que creo muy oportuna.

La cuestión del poder temporal se ha querido traer, por aquellos á quienes convenía, á un mal terreno, diciendo lo que la Iglesia ni ninguno de sus defensores ha sostenido nunca; porque es una cosa reconocida que, si bien los dogmas los proclama la Iglesia, según los descubre y son inalterables, respecto á la disciplina no que le menos de hacer la variación que exijan las vicisitudes de los tiempos. Así es que, cuando el mundo conocido estaba sujeto á un César, para nada se necesitaba el poder temporal del Papa.

San Ambrosio, para presentarse delante del César, le bastaba ser el *servus servorum Dei*, para que se prosternase ante sus pies y se cubriese la cabeza con ceniza. Pero cambiaron las cosas, y desde entonces hubo necesidad de variar de sistema en este punto, porque esto estaba en la naturaleza de los hechos, y nunca se ha interrumpido ese estado una sola vez que no haya traído las mayores calamidades del mundo; porque puede suceder que un Monarca poderoso que encuentra resistencia en sus súbditos y aun en otras naciones que no quieren ayudarle, quiera que el Sumo Pontífice, empleando su carácter religioso, venga en su apoyo; y esto, señores, no es tan remoto que no recordemos las exigencias de Napoleón I.º y Pío VII, que digan lo que quieran sus detractores, permaneció firme hasta donde se puede llegar en lo humano, resistiéndose con una firmeza admirable; y en 1813, para vencer la firmeza del Pontífice, ya sexagenario, que no quería acceder al Concordato que se le presentaba, se le condujo á París y de allí á Fontainebleau, donde se quitaron de su lado sus Cardenales.

Y encontrándose sólo y abatido el Sumo Pontífice, tuvo que firmar aquel funesto convenio. ¿Se nos quiere traer á esta situación? Y cuidado, señores, que si entonces se exigía una cosa para Francia, pudiera hoy exigirse otra para las demás Potencias, y hay que tener en cuenta lo que sucedería con un Pontífice cohibido, siendo muy probable que se opusiera el Episcopado y viniera un cisma. Pues bien, el Papa estaba en sus Estados, aunque pequeños, rodeado de otros casi iguales, gozando de una libertad absoluta completa, cuando llega la revolución de Roma y tiene que pedir hospitalidad á Gaeta. Y recuerdo de este tiempo, por cierto, una circunstancia que voy á referir al Senado. Entré yo un día de orden del Gobierno á ver al Nuncio de Su Santidad en esta corte, y al participarle la comisión que llevaba, me dijo con cierto sentimiento: «Viene Vd. para que hablemos del Concordato?» «No, le contesté, mi Gobierno me tiene prohibido que trate de este asunto. Interin Su Santidad no se halle en libertad.» A lo cual el Sr. Brunelli me contestó: «No se engañó el Soberano Pontífice cuando me dijo: Nada tema Vd. de abusos de parte de España.» Y en efecto, el Gobierno no volvió á ocuparse del Concordato hasta que el Papa se trasladó á Roma.

Así es como debían portarse las naciones con una autoridad cuya fuerza es muy poderosa, pero que no obra sino en aquellos que tienen su conciencia preparada. Y bien, señores, ¿cómo podemos creer que la libertad del Papa se halla hoy asegurada, reducido como está sólo á las murallas de Roma y en medio de sus enemigos? ¿Ni cómo podemos esperar que según estos antecedentes el gobierno de la Reina de España quiera hoy á reconocer el reino de Italia? Lo oímos en el programa del Gabinete; pero creímos que sería una especie de aventura para atraer á ciertos partidos ó fracciones, y que, sin embargo el Gobierno se detendría antes de ejecutar el acto indicado, que no podía deducirse tampoco del estado del expediente.

Y con esto entro á examinar la segunda parte de mi enmienda, respecto á que la ocasión y los medios empleados para reconocer á Italia no han sido los más á propósito para llevar los fines á que debía encaminarse el Gobierno. Examinemos el expediente. Tiene principio en 1860 por una comunicación de nuestro representante en Turin, dando conocimiento al Gobierno de S. M. de los preparativos de la expedición que se armó en Génova para dirigirse contra Sicilia.

El Gobierno español entonces envió al Sr. Coello las instrucciones convenientes para que observara, diera cuenta y llevara, en una palabra, las funciones conducentes á conservar illesos los derechos eventuales de la Reina de España; pero he de declarar con dolor que en ese expediente todo se ha sacrificado á la idea de tales derechos, tanto la conducta del Pontífice, como lo que se había hecho con el Romano Pontífice; no censuro que el Gabinete tomara la defensa que le imponía su elevado cargo, mas siento que al lado de esas reclamaciones no se alzara una voz siquiera para hacer presente á los que hallaban los fueros de la Santa Silla la actitud de una nación católica como la nuestra.

Ocurrió, sin embargo, un suceso que cambió la faz del expediente que se instruyó en el ministerio de Estado, y este suceso fué la ida del señor marqués de Miraflores á Roma. S. S. fué el primero que tocó aquí la cuestión del Pontificado, y cuando ya en la ciudad eterna encontró que el Colegio de Cardenales se ocupaba de su abandono (desgracia que no llegó á realizarse por la firmeza del Soberano Pontífice) S. S. interpuso sus consejos, estudió la cuestión, meditó mucho y comprendió que no había más que una solución conveniente.

Conociendo que España sola nada podía proponerle, dirigió á su Gobierno una nota iniciando la idea de una alianza de las Potencias; si bien no dejaba de conocer las dificultades que podían haber en este punto, como, por ejemplo, las pretensiones de Austria al sagrado Imperio, y la situación de Francia misma.

De todos modos, el señor marqués de Miraflores indicó al Gobierno el buen camino, diciendo que podía prepararse una nota colectiva de Austria, Baviera, Portugal y España, invitando á Francia á ponerse al frente de esta especie de liga católica en Europa. En virtud de la comunicación del señor marqués de Mi-

raflores, el Gobierno español pasó otra á nuestro embajador en Francia para que procurase que la alianza se llevara á efecto, explorando antes para ello las intenciones del Emperador. Pero, señores, la negociación fus ya equivocada desde su origen.

Al tratar de formar una junta de las Potencias para decidir lo que se había de hacer en Italia respecto al Papa, era imposible conseguir que el Emperador de los franceses se colocara á sí propio en discusión, sometiéndose á la censura de las demás naciones; así fué que el ministro de Negocios extranjeros del vecino país dijo á nuestro embajador por toda respuesta que había dado orden al embajador francés en Madrid para que preguntara á nuestro Gobierno si estaba resuelto á renunciar á las demás cuestiones de Italia, cuestiones que no eran otras sino la existencia del derecho eventual de la Reina y el reconocimiento del nuevo reino.

Nuestro ministro no se dió por enterado bastante, y respondió que deseaba más explicaciones, á consecuencia de lo cual Mr. Thouvenin dirigió una nota, en la que entra á discutir y á definir, no con mucha propiedad, una frase del despacho del señor marqués de Miraflores respecto á los derechos de las Potencias católicas sobre Roma; añadiendo que lo que el Gobierno francés deseaba saber era hasta dónde llegaba el español en este punto.

La respuesta, señores, debía haber sido muy sencilla, y limitada á decir que en unión de Francia y demás Potencias católicas iríamos con Italia hasta la g'erra.

Esto era lo único, lo menos que se podía hacer entonces; mas, al contrario, nuestro Gobierno pasó otra nota al de Francia, en la que, á vueltas de disertaciones científicas acerca de los derechos de la Santa Sede y de la cristianidad, se concluía declarando que puesto que Francia se negaba, que quedaran las cosas tal como estaban.

Y se cortó lastimosamente la negociación, iniciada en 1861, cuyo resultado, de haber sido bien conducida, habría sido que Francia hubiera tenido que manifestarse abiertamente revolucionaria ó habría tenido que entrar en la idea que se proponía; siendo lo último lo más probable, porque el día, señores, que la revolución se desbordó en Italia, unida, como había de estarlo con la de España, Francia se vería rodeada por todas partes. El Imperio no puede seguir un camino revolucionario, porque su defensa está en el lado opuesto.

Ved, pues, señores, en que mala situación quedamos después de rota una negociación, para la que habíamos excitado á Austria, Baviera y Portugal. Así siguieron las cosas hasta el día 15 de Setiembre de 1864, en que se firmó el convenio entre el Emperador de los franceses y el Rey de Italia, convenio que en un principio se encerró en el mayor misterio, pero del cual se enteró muy pronto la corte de Roma, que, á falta de recursos y fuerzas, cuenta con muchas personas piadosas que la sirven perfectamente.

Roma se alarmó con la convención, y las apariencias de gravedad del asunto fueron mayores porque coincidió con un hecho que debe recordar, con la publicación de un documento que había tiempo se preparaba, ó sea la Enciclica. Francia estimó que ese documento era un reto, y por más que yo, creyendo al Romano Pontífice al declarar que ni era amenaza ni era respuesta, porque la alarma no era fundada, no dejó de coquetear, estendidos algunos artículos desearnados de la Enciclica y algunos párrafos del *Syllabus*, que no debe parecer extraño que el Emperador de los franceses se preocupara; pues yo mismo, en una escala muy inferior, me preocupé como ministro de la Corona. Sea como quiera, la situación era difícil para el Gobierno español.

Además, se abrieron las Cámaras francesas, y se provocó una discusión terrible, en que el ministro de Estado Mr. Drouyn sostuvo que la cuestión de Italia era de suma gravedad, y el Gobierno no encontraba solución para ella, porque si daba segu idades al Papa era posible que se repitieran documentos como la Enciclica ó los del joven moro. Y si, por el contrario, se ponía á parte de Italia, se daría origen á nuevas anexiones y á que la silla del Rey de Italia se colocara en Roma; por cuya razón, añadía que el Gobierno del Emperador se encerraba en la reserva, y que los representantes del país debían confiar sólo en la justificación y antecedentes del Jefe del Estado. Se me olvidaba decir que para entonces Mr. Thouvenin había dejado de ser ministro de Negocios extranjeros, reemplazándolo Mr. Drouyn, á quien se atribuían opiniones muy favorables al poder temporal del Papa; así es que al punto que nuestro embajador en París oyó al orador desde la tribuna, se dirigió al ministro y luego al Gobierno de S. M., con fecha de 27 de Marzo de 1865; es decir, pocos días antes de los acontecimientos del 10 de Abril en esta corte, lo cual debe tenerse en cuenta para apreciar el poco tiempo que tuvimos para resolver este asunto.

Pero hay más; desde la nota del señor marqués de Miraflores, venía surgiendo otra cuestión. Habíase indicado que la situación del Romano Pontífice era tal, que si se le daban garantías para la conservación de lo que aun poseía, estaba dispuesto á renunciar toda reivindicación; mas tened en cuenta, añadía el señor marqués, que la corte de Roma no puede ceder en la cuestión de derecho y de principios, que no puede menos de protestar, porque haciéndolo así, cumple con su deber y con sus antecedentes. Es decir, que el famoso *non possumus*, tan censurado, es la expresión que no puede menos de usar el Papa. Pues bien, yo colocó á cualquiera de vosotros, señores senadores, enfrente de tan encontradas indicaciones, y ved si aquel Gobierno ni ningún otro podía pactar con Francia bajo el supuesto de que el Sumo Pontífice no mantenía sus derechos sobre los Estados ocupados.

Así es que el Gabinete á que tuve la honra de pertenecer, procediendo con detenimiento, á lo que primero aspiró fué á conocer la opinión del Papa. Y bien comprende el Senado que para esto se necesitaba una ocasión, que era menester estudiar hasta los términos, para no exigir del Jefe de la Iglesia que abjurara de sus principios, y que faltara á sus juramentos.

Ahora bien; en esta situación cayó el Gabinete del señor duque de Valence, entrando á sustituirle el actual ministerio. Y preguntó yo á los señores senadores: ¿hay alguno de vosotros que crea que obró bien un Gobierno que se encuentra con un expediente comprensivo de estos datos y circunstancias, y con otra además, cual era la de que el Emperador de los franceses deseaba que reconociéramos, no el reino de Italia, sino la Convención franco-italiana; hay alguno
